

## CAPÍTULO IV

VIAJE Á BASTITA—MI COMPAÑERO CARRILLO—UNA NOCHE LLUVIOSA—  
AL ABRIGO DE UN SOMBRERO DE PAJA—LA PORCIÓN CENTRAL DE  
LA REGIÓN DE LOS HUICHOL—BUEN RECIBIMIENTO—QUERER  
ES PODER—QUESO HUICHOL—LOS DE SAN ANDRÉS MUDAN DE  
ACTITUD.

**P**ARTIMOS temprano una de las cálidas y brillantes mañanas de la estación de aguas, cuando la yerba y los árboles chispean bajo la esplendorosa luz del Sol, como si estuviesen salpicados de diamantes, y en que se siente uno feliz á pesar de las tortillas, y de los frijoles, y de lo antipático de la gente con quien se tropieza. Carrillo tiraba de la mula de carga, y mis dos perros hacían cuanto podían para mostrar el gozo que experimentaban al verse nuevamente en camino.

Son escasos los ranchos inmediatos al sur de San Andrés, y el único punto habitado por donde pasamos, pertenecía al gobernador. Aunque Bastita, el distrito á donde íbamos, no puede estar, como dicen, á más de quince millas de distancia, fue más del doble el trayecto que recorrí á causa del rodeo que hicimos para evitar la hondonada de Guayabas. El viejo caballo que yo llevaba en compañía de las mulas, se encabritaba mostrando vivos deseos de volver atrás. El vestido salvajemente pintoresco de Carrillo y sus largos cabellos no parecían ser muy del gusto del animal, pero después de media hora de hábiles manejos, logramos sujetarlo y proseguir nuestro camino.

No era Carrillo un compañero del todo malo, pero no hablaba arriba de una docena de palabras en español, y

aun esas las empleaba sin el menor tino. Había aprendido á decir: "*Quien sabe,*" común y enfática expresión que sustituye á la negativa, y disponía asimismo de otras cuantas frases, tales como: "*No, está bueno, más arriba,*" etc. Cuando yo le preguntaba qué camino había que tomar, siempre me respondía con la última frase. Á mis escasas preguntas contestaba "*quien sabe*" ó "*sí, puede,*" sin saber á punto fijo lo que quería decir; y como sus respuestas acabasen por exasperarme, tomé la resolución de no dirigirle la palabra.

Á las tres horas de caminar, atravesamos el río que forma la caída de agua que hay arriba de Guayabas. No vi más indicios de vida humana, por todo aquello, que una sementera abandonada y un rancho desierto. Íbamos, pues, andando tranquilamente por entre pinares, subiendo y bajando sin cesar por barranquillas que se desprendían de una vertiente, la cual se ensanchaba tanto al oriente como al poniente. Al extremo oriente era adonde nos encaminábamos, y después de ascender un arroyo, al parecer interminable, llegamos por último á la cima al oscurecer. El viaje había sido de lo más fatigoso para los pobres animales que comenzaban á rendirse; los truenos lejanos nos anunciaban que la lluvia no se haría esperar y aun comenzaban á caer algunas gotas; habíamos recorrido veintitrés millas, jornada bastante larga; de suerte que resolví acampar en cualquier parte, ya que esa noche no era posible llegar á ningún rancho.



Carrillo.



Al pié de un tierno manzanillo había un tronco de árbol á que prendimos fuego, sabiendo que ardería toda la noche. Carrillo encontró agua, y luego que hubo llenado mis vasijas, sentámonos á regalarnos con una suntuosa cena de tamales. Acomodando en las ramas un lienzo de lona y un par de sudaderos de palma, dispuse un cobertizo para mi cabeza y la cámara fotográfica. Poco á poco fue creciendo el estruendo de los rayos que constantemente resonaban á distancia, y acercábase con rapidez del suroeste un terrible tropel de negras nubes. Las encinas y los pinos gemían ruidosamente al avance de la tempestad, y en pocos minutos, antes de que hubiésemos terminado de comer, la lluvia caía sobre nosotros. Cubríme como pude con mis ropas de cama, mientras Carrillo volvía estoicamente la cabeza al vendaval, á semejanza de las mulas, sin otro refugio que un diminuto pino que apenas le llegaba al cuello, y su sombrero de palma, y sentado con la cara al fuego.

La mañana siguiente, después de exprimir lo mejor que pude mis frazadas, seguimos adelante á fin de llegar á Bastita á tiempo para asistir á una fiesta que nos habían dicho que terminaba ese día. Como seis millas más lejos, recorridas sobre un áspero descenso de la montaña, llegamos al rancho de un indio rico, pero no encontramos más que á su familia, que estaba al cuidado del ganado. Dijéronme que aquel nabab tenía por lo menos otros dos ranchos más y poseía dos con trescientas reses.

Nos informaron que la fiesta había concluído el día anterior, por lo que Carrillo resolvió muy sabiamente que fuésemos al rancho del sacerdote principal y me avine casi ciegamente á seguirlo porque era imposible entenderse con él para disponer un proyecto de viaje. Acababa el sacerdote de volver de la fiesta cuando llegamos á su rancho; era un hombre enjuto, de buen carácter, á juzgar por su aspecto, y llevaba una camisa muy bordada. Los

mexicanos que, no sin razón, veían algo de mongol en su figura, le habían aplicado el nombre de "Chino" que era con el que por lo general se le conocía. Á juzgar por su nombre y por la facilidad con que hablaba el castellano, debe de haber tenido considerable trato con los "vecinos," y sin duda, como es habitual en los huicholes en ciertas estaciones, acostumbraba ir á trabajar en los algodones de la costa. El rancho del "Chino" dominaba un espléndido paisaje, pudiendo divisarse á lo lejos otros ranchos sobre las fértiles laderas, y me llenó de admiración ver la limpieza y pulcritud que había en las casas que formaban el rancho así como en el patio que las dividía.

Nos recibió muy cortésmente y daba gusto hablar con él, no obstante que parecía sumamente fatigado por haber estado cantando durante dos noches en la fiesta. Prometió, sin embargo, reunir al pueblo en el templo al otro día, convenido lo cual proseguimos nuestra marcha para estar oportunamente en el lugar de la cita. Pasamos por dos ranchos cuyos ocupantes parecieron muy sorprendidos de ver un blanco transitando por allí. Casi todas las casas eran redondas y de piedra y lodo, siendo algunas bastante grandes para ser tomadas por templos.

El templo estaba situado sobre el declive septentrional de la cresta que habíamos seguido, como á dos millas fuera del punto donde el camino cruzaba la vertiente. Desde la cumbre de la cresta se ensanchaba una hermosa vista hacia el noreste, comprendiendo el río y el valle principal, ó sea toda la parte central del país huichol.

Á la derecha y á bastante altura entre los valles formados por la montaña, bien que oculta á la vista, estaba Santa Catarina, población principal, centro religioso de la tribu. Precisamente enfrente de ella, en la ribera izquierda, levantábase la alta meseta de San Andrés, que se destacaba sobre el cielo á manera de una palmeta.

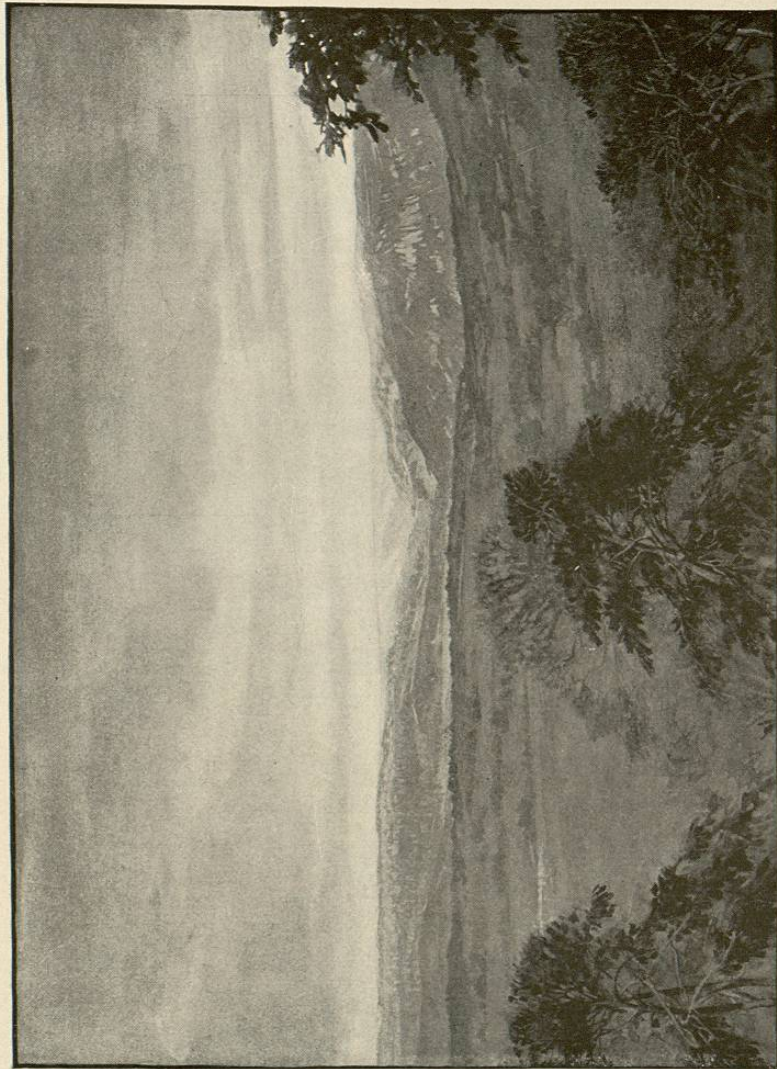
La región está muy bien regada por el Chapalagana y



sus tributarios. El valle parte al principio inclinado y angosto y se va ensanchando gradualmente llegando á elevarse por uno y otro lado á una altura de seis á ocho mil pies. El país consiste, por lo tanto, de dos crestas paralelas que limitan el valle y cuyas alturas están cubiertas de pinares donde se guarecen numerosos venados sonorenses (*Dorcélapus couesi*).

En la altura más baja el clima es muy cálido, y como las orillas del río son pendientes, casi nadie vive allí de un modo continuo, aunque los indios bajan con frecuencia al río para coger pescados y cangrejos. Las altiplanicies, cubiertas de pinos, sirven sólo á la tribu para sus cacerías; de suerte que la mayor parte de los ranchos están situados á una altura media.

Á no ser por el norte, donde el paisaje es abierto, el templo de Bastita no se alcanza á ver sino hasta que se ha llegado muy cerca, porque se halla espesamente rodeado de árboles. Encontré todo el espacio que sirve de frente al edificio, regado con los desechos del buey matado para la fiesta, los cuales despedían un olor nada agradable para mi olfato, después de haber venido aspirando las deliciosas emanaciones de los pinos. El templo era viejo y el techo sobresalía de la pared, dejando al rededor un buen espacio resguardado de la lluvia, á fin de que el agua no pudiera entrar por ningún lado. No era en modo alguno tan cómodo como los otros templos que había visitado y además, por motivos religiosos, había sido edificado en terreno tan húmedo, que el agua formaba charcos por dondequiera. Díjele á Carrillo que yo no dormiría allí, pero él me replicó: "*Nó, está bueno,*" y se tendió sobre el estrecho banco de piedra construído, como de costumbre, contra parte de la pared interior, tratando de hacerme creer que no había nadie en los ranchos próximos porque toda la gente andaba por el campo. En suma, no había medios de hacerle caminar una pulgada



Parte central de la región huichola, vista del sur.



más, y su resistencia á solicitar la hospitalidad de sus compatriotas provenía seguramente de la costumbre que tienen los huicholes de no visitarse sino para negocios, por creer que cualquiera cosa que llegue á echarse de menos en una casa, se habrá de achacar á pillería del visitante.

Habiéndome puesto á buscar un árbol bajo el cual pudiera pasar la noche, vi á lo lejos tres hombres que se encaminaban con dirección al templo. Como resultó, cuando llegaron hasta donde yo estaba, que uno de ellos hablaba algo de español, logré que me informaran que no lejos de allí existía un rancho oculto en el bosque. Inmediatamente exclamé: “¡Vamos!” Y Carrillo, viendo que no había otra cosa que hacer, consintió en ir con nosotros. Después de recorrer otra milla conducido por los recién llegados, llegamos á una casita donde una vieja y su nieta nos permitieron hospitalariamente pernoctar.

Desde luego me supuse que las mujeres tenían que irse á dormir á cualquiera otra parte, pues la casa, que era una de las más pequeñas que había visto, consistía únicamente de un techo de paja que bajaba hasta diez y ocho ó veinte pulgadas del suelo. De paredes laterales no hay para qué hablar, pues no había más que una posterior de piedra y lodo, y en cuanto al frente, hubiera estado completamente cerrado á no ser por un gran crucero, fijo en el centro de la casa, que casi interceptaba la entrada y apenas dejaba espacio para estar en ella. En un rincón estaba la cama formada por un tejido de carrizos, extendido sobre cuatro horquetas, como un bajo altar. Aquella disposición era enteramente insólita, pues lo general es que extiendan en el suelo dichos *tapextes* para dormir.

En el lado opuesto del cuarto, había el indispensable metate, los obligados jarros y utensilios de cocina, y un montón de leña encendida. Cuando estuvimos todos adentro y la muchacha se puso á moler el maíz, era imposible



moverse sin pisar á los demás ó caer sobre ellos. Ni siquiera podíamos comer á la vez nuestras tortillas, pero la mayor dificultad consistía en salir de la casa, pues era preciso arrastrarse por el estrecho espacio que quedaba entre el colgante techo y el crucero, ó abrirse paso agujerando el techo. Con todo, las mujeres eran bondadosas y



Huicholes de Bastita.

de buen carácter y procuramos componérselas como pudimos. Satisfecho de disponer de un lugar seco para reposar, me tendí á un lado del crucero, bajo la orilla del techo, y á pesar de la lluvia, de la tempestad y de los relámpagos, quedé profundamente dormido.

En la mañana me dirigí al templo acompañado de Ca-

rrillo y dos indios que me llevaban la cámara, y encontré con gran sorpresa mía, ya congregados, como veinte hombres. No sólo se sometieron desde luego á que los fotografiara, sino que enviaron, á solicitud mía, dos hombres que fuesen á un adoratorio distante del templo, por varios objetos simbólicos que les compré á precio razonable.

Empleado otro día útil en los ranchos de los alrededores, volví á cruzar la cresta en dirección más al oriente. Como á dos millas de camino, descubrí desde la cumbre un hermoso paisaje del valle que descendía formando graciosa curva sobre la ladera meridional de la montaña. El río, que se encuentra más abajo, puede verse desde allí, así como muchos ranchos y el gran templo de Bastita, situado el sur; pero proseguí mi viaje siguiendo la misma altura sin descender. El camino conducía por la ladera bastante inclinada de una altura denominada Mesa Colorado, que fácilmente se alcanza á ver desde San Andrés y Santa Catarina. Conforme caminábamos Carrillo iba gritándole á la gente de los ranchos por donde pasábamos, que fuesen á la mañana siguiente al templo de Popotita, donde intentábamos descansar, situado como á doce millas al sureste del templo del norte de Bastita.

Junto el extremo de la cresta bien podía decir que estábamos á siete mil pies sobre el nivel del mar. Rápidos despeñaderos descendían de la montañosa y estrecha planicie, cubiertos de verde y abundante vegetación, con dirección al río y á los profundos valles de uno y otro lado. Tres millas más adelante llegamos al templo de Popotita, "lugar donde hay popote," cuyo nombre nativo, *Epithapa*, significa igualmente *popote*. Desde allí se domina un amplio paisaje del río principal, y á derecha é izquierda del templo hay muchos ranchos esparcidos en las laderas.

Habría reunidas unas cincuenta personas, algunas de las cuales dormían en el templo donde yo también había de alojarme. Visité todos los ranchos que tan cerca se



hallan unos de otros, que casi forman un solo pueblo, y sus propietarios me enseñaban complacientemente sus casas y me vendieron cuanto quise comprarles. Pienso



Huichol sentado en la sombra. Troje en el fondo.

que Carrillo les hablaba bien de mí, y por otra parte agradaba mucho á los indios el que supiera yo cantar un verso ó dos de una de sus principales canciones á la lluvia. Todos eran

agradables en su trato y parecía que les halagaba la novedad de ver en su compañía á un blanco.

Híceme con algunas cosas interesantes de un adoratorio

cercano al templo, y habiendo logrado cuanto humanamente era de esperarse, regresé á San Andrés, cruzando directamente la Mesa Colorada, donde tuve la sorpresa de encontrar á una familia que vivía en una cueva natural. Además de éstos, encontré también otro caso de habitantes de las cavernas entre los huicholes.

Detuvimos tratando de pasar la noche en el rancho del gobernador, pero como este señor estaba en el pueblo, los encargados de la casa no consintieron en recibirnos, y por lo mismo nos recogimos bajo el saledizo de un granero. El maíz, una vez desgranado, se guarda en unas trojes de piedra y lodo, dentro de las cuales se echa de arriba abajo, valiéndose para sacar el grano de una abertura que se deja junto al suelo y que se cierra con una losa bien asegurada contra el agujero. Dichos graneros son muy pequeños, debido á que los huicholes no cosechan arriba de cuatro ó cinco fanegas al año, contentándose hasta con dos, y sólo los más ricos llegan á levantar veinte fanegas.

La siguiente mañana vi á las mujeres preparando la leche para hacer queso, cosa inacostumbrada por aquellas partes. Durante las aguas, único tiempo del año en que las vacas dan leche, fabrican queso en algunos de los ranchos para venderlo á los "vecinos," que son muy aficionados á él. En cuanto á la mantequilla, no se conoce. Saboreamos con mucho gusto la cuajada que liberalmente nos ofrecieron unas mujeres, sacándola de una grande olla, donde la ponen á coagular. Por ser escasos por allí los cerdos, dejan el suero para las bandadas de hambrientos perros, que infestan por lo común las rancherías. Mucho les gustan á los huicholes estos animales, y les enoja en extremo que les maten alguno, pero no se ocupan en darles gran cosa de comer. Sin embargo, los perros que tienen la suerte de pertenecer á una ordeña, disfrutan en las aguas de regular pitanza.

Cuanto había dejado en San Andrés lo encontré intacto,



pero mis bestias me daban motivo de cuidado, pues se habían vuelto muy serranas en aquellos lugares faltos de civilización y habían contraído las malas costumbres de las mulas de los indios. Uno de mis caballos estuvo perdido siete semanas, pero al fin logré dar con él, gracias á la ayuda de los naturales.

Me sentí agradablemente sorprendido al encontrarme con que los indígenas de San Andrés habían cambiado de un modo notable en su actitud hacia mí, pues lejos de seguir viéndome como á un sér dañino, aun me manifestaban cierta estimación. Se habían convencido probablemente de que yo no trataba de sacar de ellos ninguna ventaja como otros muchos blancos habrían hecho, y sin duda habían recibido buenos informes relativos á mí, de parte de sus paisanos y de los indios coras. En no poco debieron de contribuir á lo mismo los correos enviados en mi busca por las autoridades civiles y eclesiásticas de Tepic. Esta circunstancia, más que otra cosa, me dio á sus ojos las proporciones de un hombre de importancia. Sin embargo, lo que especialmente me conquistó su afecto era mi habilidad en cantar algunas de sus canciones, lo cual consideraban altamente meritorio de parte mía. Asimismo, la sola mención de los nombres de sus dioses me libró hasta cierto punto de los malos designios que contra mí pudieran haber fraguado, pues ¿como habían de matar á un hombre que conocía todo lo relativo á los dioses? Éstos mismos se irritarían y suspenderían las lluvias si se me causaba el menor mal. Tuve ocasión de utilizar este conocimiento entre otras tribus que, bien que no comprendiesen las palabras, no dejaban de reconocer que la melodía era de canciones de su propia raza y no de la blanca, pues que hacía resonar las fibras de su corazón. Todo lo dicho había coadyuvado, pues, á modificar sus sentimientos, y empezaban á figurarse que podría serles yo de alguna utilidad.

Continuamente había estado intentando, durante las semanas anteriores, algunas entrevistas con los sacerdotes para averiguar algo de sus creencias religiosas y de su historia antigua, y ellos, que hallaban siempre pretextos de demora, estaban ahora dispuestos á comunicarme cuanto quería yo saber, á enseñarme cuanto pretendía examinar y á dejarme tomar sus fotografías. Aun llegaron á confiarme sus desazones, una de las cuales, motivada por el espíritu de tribu, consistía en una cuestión de límites con Santa Catarina, constituyendo otra importante fuente de desavenencias el que los blancos se metieran en sus tierras, y como yo atendiese con todo cuidado á cuanto me decían, enviaron mensajeros á convocar á la gente para que tuviese una junta conmigo.

